



Los diálogos de la torre del Virrey

La República

καὶ τάχ' ἂν παρ' ἄλληλα σκοποῦντες καὶ τρίβοντες, ὥσπερ ἐκ πυρείων
ἐκλάμψαι ποιήσαιμεν τὴν δικαιοσύνην: καὶ φανεράν γενομένην
βεβαιωσόμεθα αὐτὴν παρ' ἡμῖν αὐτοῖς

de Platón

Miércoles 13 de diciembre de 2023
17h CEST

LIBRO IV

Ponente: Eric Jiayu Martos García

Presencial: Sala de Reuniones de la Facultad de Filosofía (UV)

Online: <https://us06web.zoom.us/j/5549038216>

República IV

Traslademos, pues, al individuo lo que allí se nos mostró y, si hay conformidad, será ello bien; y, si en el individuo aparece como algo distinto, volveremos a la ciudad a hacer la prueba [πάλιν ἐπανιόντες ἐπὶ τὴν πόλιν βασιανιοῦμεν] , y así, mirando al uno junto a la otra y poniéndolos en contacto y roce [παρ' ἄλληλα σκοποῦντες καὶ τρίβοντες], quizá conseguiremos que brille la justicia como fuego de enjutos [ὥσπερ ἐκ πυρείων ἐκλάμψαι ποιήσαιμεν τὴν δικαιοσύνην] y, al hacerse visible, podremos afirmarla en nosotros mismos.

PLATÓN, *República* 434 e-435 a

Bibliografía

- Platonis Opera*, ed. de John Burnet, Oxford University Press, 1903.
Disponible en Perseus Digital Library.
- PLATÓN, *República*, de. de José M. Pabón y Manuel Fernández-Galiano, Alianza Editorial, Madrid, 2013.
- PLATO, *Republic*, trad. de Paul Shorey, Loeb Classical Library, 1930.
Disponible en Perseus Digital Library.
- WILLIAM H. F. ALTMAN, *Plato the Teacher. The Crisis of the Republic*, Lexington Books, Lanham, MD, 2012.
- , *Platón el maestro. La crisis de la República*, trad. de M. Golfe, UCOPress, Córdoba, 2023.

I 354 a-c

Mezquino va a ser, sin embargo, no por tu culpa, sino por la mía; y es que, así como los golosos gustan siempre con arrebatos del manjar que en cada momento se les sirve sin haber gozado debidamente del anterior, así me parece que yo, sin averiguar lo que primeramente considerábamos, qué cosa sea lo justo, me desprendí del asunto y me lancé a investigar acerca de ello, si era vicio e ignorancia o discreción y virtud; y presentándose luego un nuevo aserto, que la injusticia es más provechosa que la justicia, no me retraje de pasar a él, dejando el otro, de modo que ahora me acontece no saber nada como resultado de la discusión. Porque no sabiendo lo que es lo justo, difícil es que sepa si es virtud o no y si el que la posee es desgraciado o dichoso.

III 416 d-417 b

SÓCRATES. – Considera, pues –dije yo–, si es el siguiente el régimen de vida y habitación que deben seguir para ser así. Ante todo nadie poseerá casa propia excepto en caso de absoluta necesidad. En segundo lugar nadie tendrá tampoco ninguna habitación ni despensa donde no pueda entrar todo el que quiera. En cuanto a víveres, recibirán de los demás ciudadanos, como retribución por su guarda, los que puedan necesitar unos guerreros fuertes, sobrios y valerosos, fijada su cuantía con tal exactitud que tengan suficiente para el año, pero sin que les sobre nada. Vivirán en común, asistiendo regularmente a las comidas colectivas como si estuviesen en campaña. Por lo que toca al oro y plata, se les dirá que ya han puesto los dioses en sus almas, y para siempre, divinas porciones de estos metales, y por tanto para nada necesitan de los terrestres ni es lícito que contaminen el don recibido aliando con la posesión el oro de la tierra, que tantos crímenes ha provocado en forma de moneda corriente, el oro puro que en ellos hay. Serán, pues, ellos los únicos ciudadanos a quienes no esté permitido manejar ni tocar el oro ni la plata ni entrar bajo el techo que cubra estos metales ni llevarlos sobre sí ni beber en recipiente fabricado con ellos. Si así proceden, se salvarán ellos y salvarán a la ciudad; pero si adquieren tierras propias, casas y dinero, se convertirán de guardianes en administradores y labriegos y de amigos de sus conciudadanos en odiosos déspotas. Pasarán su vida entera aborreciendo y siendo aborrecidos, conspirando y siendo objeto de conspiraciones, temiendo, en fin, mucho más y con más frecuencia a los enemigos de dentro que a los de fuera; y así correrán en derechura al abismo tanto ellos como la ciudad. ¿Bastan, pues, todas estas razones –terminé– para que convengamos en la precisión de un tal régimen para el alojamiento y demás necesidades de los guardianes, y lo establecemos como digo, o no?

GLAUCÓN. – Desde luego –asintió Glaucón.

419 a-420 a: la felicidad de los guardianes

Y Adimanto, interrumpiendo, dijo: – ¿Y qué dirías en tu defensa, Sócrates, si alguien te objetara que no haces nada felices a estos hombres, y ello ciertamente por su culpa, pues, siendo la ciudad verdaderamente suya, no gozan bien alguno de ella, como otros que adquieren campos y se construyen casas bellas y espaciosas y se hacen con el ajuar acomodado a tales casas y ofrecen a los dioses sacrificios por su propia cuenta, albergan a los forasteros y además, como tú decías, granjean oro y plata y todo aquello que deben tener los que han de ser felices? Estos, en cambio – agregaría el objetante-, parece que están en la ciudad ni más ni menos que como auxiliares a sueldo, sin hacer otra cosa que guardarla.

420 b-c

Y diremos que no sería extraño que también éstos, aun de ese modo, fueran felicísimos; pero que, comoquiera que sea, nosotros no establecemos la ciudad mirando a que una clase de gente sea especialmente feliz, sino para que lo sea en el mayor grado posible la ciudad toda; porque pensábamos que en una ciudad tal encontraríamos más que en otra alguna la justicia, así como la injusticia en aquella en que se vive peor, y que, al reconocer esto, podríamos resolver sobre lo que hace tiempo venimos investigando. Ahora, pues, formamos la ciudad feliz, en nuestra opinión, no ya estableciendo diferencias y otorgando la dicha en ella sólo a unos cuantos, sino dándola a la ciudad entera; y luego examinaremos la contraria a ésta.

420 d

Y así, no me obligues a poner en los guardianes tal felicidad que haga de ellos cualquier cosa antes que guardianes.

421 b

Así pues, nosotros establecemos auténticos guardianes y no en manera alguna enemigos de la ciudad; y el que propone aquello otro de los labriegos y los que se banquetean a su placer, no ya como en una ciudad, sino como en una gran fiesta, ése no habla de ciudad, sino de cualquier otra cosa.

421 b-d

Tenemos, pues, que examinar si hemos de establecer los guardianes mirando a que ellos mismos consigan la mayor felicidad posible o si, con la vista puesta en la ciudad entera, se ha de considerar el modo de que ésta la alcance y obligar y persuadir a los auxiliares y guardianes que sean perfectos operarios de su propio trabajo, y ni más ni menos a los demás; de suerte que, prosperando con ello la ciudad en su conjunto y viviéndose bien en ella, se deje a cada clase de gentes que tome la parte de felicidad que la naturaleza le procure.

421 e: la defensa de la ciudad

SÓCRATES. – Hemos encontrado, pues, por lo visto, dos cosas a que deben atender nuestros guardianes vigilando para que no se les metan en la ciudad sin que ellos se den cuenta.

ADIMANTO. – ¿Qué cosas son?

SÓCRATES. – La riqueza –dije– y la indigencia; ya que la una trae la molicie, la ociosidad y el prurito de novedades, y la otra, este mismo prurito y, a más, la vileza y el mal obrar.

422 a

ADIMANTO. – Pero considera, Sócrates, cómo nuestra ciudad, sin estar en posesión de riqueza, se hallará capaz de hacer la guerra, sobre todo cuando se vea forzada a pelear con otra ciudad grande y rica.

Cf. I 332 e

SÓCRATES. – ¿Y qué diremos del justo? ¿En qué asunto y para qué efecto está su especial capacidad de favorecer a los amigos y dañar a los enemigos?

POLEMARCO. – En guerrear con ellos o luchar a su lado, según creo.

422 d

¿Y qué sucedería si, enviando una embajada a una de aquellas dos ciudades, dijeran, como era verdad: “Nosotros no queremos para nada el oro ni la plata ni nos es lícito servirnos de ellos como os lo es a vosotros; luchad, pues, a nuestro lado y quedaos con los de los contrarios”? ¿Piensas que habría quienes, al oír esto, eligieran el combatir contra unos perros duros y magros en vez de aliarse con ellos contra unos carneros mantecosos y tiernos?

Cf. I 330 a

SÓCRATES. – Ahora bien: ¿para provecho y obtención de qué dirás que es útil la justicia en la paz?

POLEMARCO. – Para los convenios, ¡oh, Sócrates!

422 e

SÓCRATES. – Eres un bendito –dije– si crees que se debe llamar ciudad a otra que no sea tal como la que nosotros formamos.

423 a

Y mientras tu ciudad se administre juiciosamente [σωφρόνως] en la disposición que quede dicha, será muy grande, no digo ya por su fama, sino en realidad de verdad, aunque no cuente más que con un millar de combatientes; y difícilmente hallarás otra tan grande ni entre los griegos ni entre los bárbaros, aunque muchas parezcan ser varias veces más grandes que ella.

423 b

SÓCRATES. – De modo –proseguí– que éste será para nuestros gobernantes el mejor límite al desarrollo que han de dar a la ciudad y al territorio que, conforme a este desarrollo, han de asignarle dejando fuera lo demás.

ADIMANTO. – ¿Qué límite? –dijo.

SÓCRATES. – Creo que el siguiente –dije–: mientras su crecimiento permita que siga siendo una sola ciudad, acrecerla; pero no pasar de ahí.

423 c

Y así, haremos también otra prescripción a los guardianes: que atiendan por todos los medios a que la ciudad no sea pequeña ni parezca grande, sino sea suficiente en su unidad.

423 d: un hombre, un trabajo; la unidad del hombre y la ciudad

Cuando decíamos que, en caso de tener los guardianes algún descendiente de poca valía, han de despedirlo y mandarlo con los demás ciudadanos, y que si a estos últimos les nace algún retoño de provecho ha de ir con los guardianes. Con esto se quiere mostrar que, aun entre los demás de la ciudad, cada uno debe ser puesto a un trabajo, que ha de ser aquel para el que esté dotado, de modo que, atendiendo a una sola cosa, conserve él también su unidad y no se divida, y así la ciudad entera resulte una sola y no muchas.

423 e

SÓCRATES. – En verdad –dije– parecerá, buen Adimanto, que estas prescripciones son muchas y de peso; pero todas son realmente de poca importancia con tal de que guarden aquella única gran cosa del proverbio o más bien, en vez de grande, suficiente.

ADIMANTO. – ¿Y cuál es ella? –preguntó.

SÓCRATES. – La educación y la crianza –contesté–, porque, si con una buena educación llegan a ser hombres discretos, percibirán fácilmente todas estas cosas y aun muchas más que ahora pasamos por alto, como lo de que la posesión de las mujeres, los matrimonios y la procreación de los hijos deben, conforme al proverbio, ser todos comunes entre amigos en el mayor grado posible.

424 b

Para decirlo, pues, brevemente: los que cuidan de la ciudad han de esforzarse para que esto de la educación no se corrompa sin darse ellos cuenta, sino que en todo han de vigilarlo, de modo que no haya innovaciones contra lo prescrito ni en la gimnasia ni en la música.

424 c

Se ha de tener, en efecto, cuidado con el cambio e introducción de una nueva especie de canto en el convencimiento de que con ello todo se

pone en peligro; porque no se pueden remover los modos musicales sin remover a un tiempo las más grandes leyes.

425b: las leyes de la ciudad

SÓCRATES. – Creo que sería tonto disponer por ley todas estas cosas: no se hace en ninguna parte y, aunque se hiciera, no se mantendrían ni por la palabra ni por la escritura.

ADIMANTO. – ¿Cómo iban a mantenerse?

SÓCRATES. – Será, pues, probable, ioh, Adimanto! –dije yo–, que, partiendo de la educación en la dirección de la vida, todo lo que sigue sea como ella. ¿O no es cierto que lo semejante llama a lo semejante?

425 e

Adimanto. – No vale la pena –contestó– de dar ordenanzas a hombres sanos y honrados: ellos mismos hallarán fácilmente la mayor parte de aquello que habría de ponerse por ley.

426 a

¿No es gracioso que tengan por su peor enemigo al que les dice la verdad, esto es, que, si no dejan sus borracheras, sus atracones, sus placeres amorosos y su ociosidad, ni las medicinas ni los cauterios ni las sajaduras ni tampoco los ensalmos ni los talismanes ni ninguna otra de tales cosas ha de servirles para nada?

426 b-c

Por consiguiente, cuando la ciudad entera, como ahora decíamos, hiciere otro tanto, tampoco lo celebrarás; ¿o es que no te parece que obran lo mismo que aquéllos todas las ciudades que, estando mal regidas, prescriben a los ciudadanos que no toquen a punto alguno de su propia constitución en la inteligencia de que ha de morir el que lo haga, mientras el que más blandamente adule a los que viven en semejante régimen y los obsequie con su sumisión y el conocimiento previo de sus deseos y se muestre hábil en satisfacerlos, ése resulta un varón excelente y discreto en los grandes asuntos y recibe honra de ellos?

427 a

Por eso –proseguí–, yo no podía pensar que el verdadero legislador hubiera de tratar tal género de leyes y constituciones ni en la ciudad de buen régimen ni en la de malo: en ésta, porque resultan sin provecho ni eficacia, y en aquélla, porque en parte las descubre cualquiera y en parte vienen por sí mismas de los modos de vivir precedentes.

427 b

ADIMANTO. – ¿Qué nos queda, pues, que hacer en materia de legislación? – preguntó.

SÓCRATES. – Y yo contesté: – A nosotros nada de cierto; a Apolo, el dios de Delfos, los más grandes, los más hermosos y primeros de todos los estatutos legales.

ADIMANTO. – ¿Y cuáles son ellos? –preguntó.

SÓCRATES. – Las erecciones de los templos, los sacrificios y los demás cultos de los dioses, de los demonios y de los héroes; a su vez, también, las sepulturas de los muertos y cuantas honras hay que tributar para tener aplacados a los del mundo de allá. Como nosotros no entendemos de estas cosas, al fundar la ciudad no obedeceremos a ningún otro, si es que tenemos seso, ni nos serviremos de otro guía que el propio de nuestros padres; y sin duda, este dios, guía patrio acerca de ello para todos los hombres, los rige sentado sobre el ombligo de la tierra en el centro del mundo.

EL HOMBRE: LA EDUCACIÓN DE GLAUCÓN

427 a: una piadosa investigación

SÓCRATES. – Da, pues, ya por fundada a la ciudad, ¡oh, hijo de Aristón! –dije–, y lo que a continuación has de hacer es mirar bien en ella procurándote de donde sea la luz necesaria: y llama en tu auxilio a tu hermano y también a Polemarco y a los demás, por si podemos ver en qué sitio está la justicia y en cuál la injusticia y en qué se diferencia la una de la otra y cuál de las dos debe alcanzar el que ha de ser feliz, lo vean o no los dioses y los hombres.

GLAUCÓN. – Nada de eso –objetó Glaucón–, porque prometiste hacer tú mismo la investigación, alegando que no te era lícito [ἔσιόν] dejar de dar favor a la justicia en la medida de tus fuerzas y por todos los medios.

427 e

SÓCRATES. – Pues por el procedimiento que sigue –dije– espero hallar lo que buscamos: pienso que nuestra ciudad, si está rectamente fundada, será completamente buena [τελέως ἀγαθήν].

GLAUCÓN. – Por fuerza –replicó.

SÓCRATES. – Claro es, pues, que será prudente [σοφή], valerosa [ἀνδρεία], moderada [σώφρων] y justa [δικαία].

428 a

Pongo por caso: si en un asunto cualquiera de cuatro cosas buscamos una, nos daremos por satisfechos una vez que la hayamos reconocido, pero, si ya antes habíamos llegado a reconocer las otras tres, por este mismo hecho quedará patente la que nos falta; pues es manifiesto que no era otra la que restaba.

Ἡ σοφία, ἡ εὐβουλία y ἡ ἐπιστήμη

428 b

SÓCRATES. – Y me parece que la primera que salta a la vista es la prudencia [ἡ σοφία]; y algo extraño se nos muestra en relación con ella.

GLAUCÓN. – ¿Qué es ello? -preguntó.

SÓCRATES. – Prudente en verdad me parece la ciudad de que hemos venido hablando; y esto por ser acertada en sus determinaciones. ¿No es así?

GLAUCÓN. – Sí.

SÓCRATES. – Y esto mismo, el acierto, está claro que es un modo de ciencia [ἡ εὐβουλία], pues por ésta es por la que se acierta y no por la ignorancia.

428 c-d

SÓCRATES. – ¿Cómo, pues? –dije–. ¿Hay en la ciudad fundada hace un momento por nosotros algún saber [τις ἐπιστήμη] en determinados ciudadanos con el cual no resuelve sobre este o el particular de la ciudad, sino sobre la ciudad entera, viendo el modo de que ésta lleve lo mejor posible sus relaciones en el interior y con las demás ciudades?

GLAUCÓN. – Sí, lo hay.

SÓCRATES. – ¿Y cuál es –dije– y en quiénes se halla?

GLAUCÓN. – Es la ciencia de la preservación –dijo– y se halla en aquellos jefes que ahora llamábamos perfectos guardianes.

SÓCRATES. – ¿Y cómo llamaremos a la ciudad en virtud de esa ciencia [τὴν ἐπιστήμην]?

GLAUCÓN. – Acertada en sus determinaciones [εὐβουλον] –repuso– y verdaderamente prudente [σοφὴν].

428 e-429 a

Por lo tanto, la ciudad fundada conforme a naturaleza podrá ser toda entera prudente por la clase de gente más reducida que en ella hay, que es aquella que la preside y gobierna; y éste, según parece, es el linaje que por fuerza natural resulta más corto y al cual corresponde el participar de este saber, único [μόνην] que entre todos [τῶν ἄλλων ἐπιστημῶν] merece el nombre de prudencia [σοφίαν].

429 a

Hemos hallado, pues, y no sé cómo, esta primera de las cuatro cualidades y la parte de la ciudad donde se encuentra.

429 b

SÓCRATES. – ¿Quién? –dije yo– podría llamar a la ciudad cobarde o valiente mirando a otra cosa que no fuese la parte de ella que la defiende y se pone en campaña a su favor?

429 b-c

SÓCRATES. – Y así, la ciudad es valerosa por causa de una clase de ella, porque en dicha parte posee una virtud tal como para mantener en toda circunstancia la opinión acerca de las cosas [τῶν δεινῶν δόξαν] que se han de temer en el sentido de que éstas son siempre las mismas y tales cuales el legislador las prescribió en la educación. ¿O no es esto lo que llamas valor?

GLAUCÓN. – No he entendido del todo lo que has dicho –contestó–, repítelo de nuevo.

SÓCRATES. – Afirmando –dije– que el valor es una especie de conservación [σωτηρίαν].

GLAUCÓN. – ¿Qué clase de conservación?

SÓCRATES. – La de la opinión formada por la educación bajo la ley acerca de cuáles y cómo son las cosas que se han de temer. Y dije que era conservación en toda circunstancia porque la lleva adelante, sin desecharla jamás, el que se halla entre dolores y el que entre placeres y el que entre deseos y el que entre espantos.

430 c

Y en otra ocasión, si quieres, trataremos mejor acerca del asunto, porque ahora no es eso lo que estábamos investigando, sino la justicia; y ya es bastante, según creo, en cuanto a la búsqueda de aquello otro.

Cármides, 161 d

CÁRMIDES. – A mi me parece, Sócrates –dijo– que te expresas correctamente. Pero fíjate en esto, a ver qué opinas en relación con nuestro tema. Es que me acabo de acordar – cosa que alguna vez oí a alguien que lo decía de que bien podría ser la sensatez algo así como “ocuparse de lo suyo” decía de que bien podría ser la sensatez algo así como “ocuparse de lo suyo”. Mira, pues, si te parece que anduvo en lo cierto el que esto dijo.

SÓCRATES. – ¡Ah, bandido! –exclamé– eso lo has oído tú de Critias o de alguno de estos sabios

430 e

SÓCRATES. – La voy a examinar –contesté–. Y ya a primera vista, se parece más que todo lo anteriormente examinado a una especie de modo musical o armonía.

GLAUCÓN. – ¿Cómo?

SÓCRATES. – La templanza –repuse– es un orden y dominio de placeres y concupiscencia [ἡδονῶν τινῶν καὶ ἐπιθυμιῶν] según el dicho de los que hablan, no sé en qué sentido de ser dueños de sí mismos, y también hay otras expresiones que se muestran como rastros de aquella ciudad. ¿No es así?

430 e-431 b

Pero lo que me parece –dije– que significa esa expresión es que en el alma del mismo hombre hay algo que es mejor y algo que es peor; y cuando lo que por naturaleza es mejor domina a lo peor, se dice que “aquel es dueño de sí mismo”, lo cual es una alabanza, pero cuando, por mala crianza o compañía, lo mejor queda en desventaja y resulta dominado por la multitud de lo peor, esto se censura como oprobio, y del que así se halla se dice que está dominado por sí mismo y que es un intemperante.

431 c

SÓCRATES. – Y de cierto, los más y los más varios apetitos, concupiscencias y desazones se pueden encontrar en los niños y en las mujeres y en los domésticos y en la mayoría de los hombres que se llaman libres, aunque carezcan de valía.

GLAUCÓN. – Bien de cierto.

SÓCRATES. – Y en cambio, los afectos más sencillos y moderados, los que son conducidos por la razón con sensatez y recto juicio, los hallarás en unos pocos, los de mejor índole y educación.

GLAUCÓN. – Verdad es –dijo.

SÓCRATES. – Y así ¿no ves que estas cosas existen también en la ciudad y que en ella los apetitos de los más y más ruines son vencidos por los apetitos y la inteligencia de los menos y más aptos?

GLAUCÓN. – Lo veo –dijo.

431 d-432 a

SÓCRATES. – ¿Ves, pues –dije yo–, cuán acertadamente precedíamos hace un momento que la templanza se parece a una cierta armonía musical?

GLAUCÓN. – ¿Y por qué?

SÓCRATES. – Porque, así como el valor y la prudencia, residiendo en una parte de la ciudad, la hacen a toda ella el uno valerosa y la otra prudente, la templanza no obra igual, sino que se extiende por la ciudad entera logrando que canten lo mismo y en perfecto unísono los más débiles, los más fuertes y los de en medio, ya los clasifiques por su inteligencia, ya por su fuerza, ya por su número o riqueza o por cualquier otro semejante respecto; de suerte que podríamos con razón afirmar que es templanza esta concordia, esta armonía entre lo que es inferior y lo que es superior por naturaleza sobre cuál de esos dos elementos debe gobernar ya en la ciudad, ya en cada individuo.

432 b-c

Así, pues, Glaucón, nosotros tenemos que rodear la mata, como unos cazadores, y aplicar la atención, no sea que se nos escape la justicia y, desapareciendo de nuestros ojos, no podamos verla más. Porque es manifiesto que está aquí; por tanto, mira y esfuérzate en observar por si la ves antes que yo y puedes enseñármela.

432 c

Y en verdad –dije yo– que estamos en un lugar difícil y sombrío, porque es oscuro y poco penetrable a la vista. Pero con todo, habrá que ir.

432 d

A mi parecer, bendito amigo, hace tiempo que está la cosa rodando ante nuestros pies y no la veíamos incurriendo en el mayor de los ridículos. Como aquellos que, teniendo algo en la mano, buscan a veces lo mismo que tienen, así nosotros no mirábamos a ello, sino que dirigíamos la vista a lo lejos y por eso quizá no lo veíamos.

432 e

SÓCRATES. – Quiero decir –repliqué– que en mi opinión hace tiempo que estábamos hablando y oyendo hablar de nuestro asunto sin darnos cuenta de que en realidad de un modo u otro hablábamos de él.

GLAUCÓN. – Largo es ese proemio –dijo– para quien está deseando escuchar.

433 b

SÓCRATES – Esto, pues, amigo –dije–, parece que es en cierto modo la justicia: el hacer cada uno lo suyo. ¿Sabes de dónde lo infiero?

GLAUCÓN. – No lo sé; dímelo tú –replicó.

SÓCRATES. – Me parece a mí –dije– que lo que faltaba en la ciudad después de todo eso que dejamos examinado – la templanza, el valor y la prudencia – es aquello otro que a todas tres da el vigor necesario a su nacimiento y que, después de nacidas, las conserva mientras subsiste en ellas. Y dijimos que si encontrábamos aquellas tres, lo que faltaba era la justicia.

433 d

Por ello, según parece, en lo que toca a la excelencia de la ciudad esa virtud de que cada uno haga en ella lo que le es propio resulta émula de la prudencia, de la templanza y del valor.

434 a-c

SÓCRATES. – Pero, por el contrario, pienso que, cuando un artesano u otro que su índole destine a negocios privados, engréido por su riqueza o por el número de los que le siguen o por su fuerza o por otra cualquier cosa

semejante, pretenda entrar en la clase de los guerreros, o uno de los guerreros en la de los consejeros o guardianes, sin tener mérito para ello, y así cambien entre sí sus instrumentos y honores, o cuando uno solo trate de hacer a un tiempo los oficios de todos, entonces creo, como digo, que tú también opinarás que semejante trueque y entrometimiento ha de ser ruinoso para la ciudad.

GLAUCÓN. – En un todo.

SÓCRATES. – Por tanto, el entrometimiento mutuo y trueque mutuo de estas tres clases es el mayor daño de la ciudad y más que ningún otro podría ser con plena razón calificado de crimen.

LA CIUDAD Y EL HOMBRE: INTERLUDIO

434 d-435 a: un juego de antorchas

No lo digamos todavía con voz muy recia –observé–; antes bien, si, trasladando la idea formada [τὸ εἶδος τοῦτο] a cada uno de los hombres, reconocemos que allí es también justicia, concedámoslo sin más, porque ¿qué otra cosa cabe oponer? Pero, si no es así, volvamos a otro lado nuestra atención [εἰ δὲ μή, τότε ἄλλο τι σκεψόμεθα]. Y ahora terminemos nuestro examen en el pensamiento de que, si tomando algo de mayor extensión entre los seres que poseen la justicia, nos esforzáramos por intuir la allí, sería luego más fácil observarla en un hombre solo. Y de cierto nos pareció que ese algo más extenso es la ciudad y así la fundamos con la mayor excelencia posible, bien persuadidos de que en la ciudad buena era donde precisamente podría hallarse la justicia. Traslademos, pues, al individuo lo que allí se nos mostró y, si hay conformidad, será ello bien; y, si en el individuo aparece como algo distinto, volveremos a la ciudad a hacer la prueba [πάλιν ἐπανιόντες ἐπὶ τὴν πόλιν βασιανοῦμεν], y así, mirando al uno junto a la otra y poniéndolos en contacto y roce [παρ’ ἄλληλα σκοποῦντες καὶ τρίβοντες], quizá conseguiremos que brille la justicia como fuego de enjutos [ὥσπερ ἐκ πυρείων ἐκλάμψαι ποιήσαμεν τὴν δικαιοσύνην] y, al hacerse visible, podremos afirmarla en nosotros mismos.

“Let us not yet affirm it quite fixedly,” I said, “but if this form when applied to the individual man, accepted there are also as a definition of justice, we will then concede the point – for what else will there be to say? But if not, then we will look for something else. But now let us work out the inquiry in which we supposed that, if we found some larger thing that contained justice and viewed it there, we should more easily discover its nature in the individual man. And we agreed that this larger thing is the city, and so we constructed the best city in our power, well knowing that in the good city it would of course be found. What, then, we thought we saw there we must

refer back to the individual and, if it is confirmed, all will be well. But if something different manifests itself in the individual, we will return again.”

(*Republic*, trad. de Paul Shorey)

435 b: el hombre justo, imagen de la ciudad justa

SÓCRATES. – De modo que el hombre justo no diferirá en nada de la ciudad justa en lo que se refiere a la idea de justicia, sino que será semejante a ella.

GLAUCÓN. – Lo será –replicó.

SÓCRATES. – Por otra parte, la ciudad nos pareció ser justa cuando los tres linajes de naturalezas que hay en ella hacían cada una lo propio suyo; y nos pareció temperada [σώφρων], valerosa [ἀνδρεία] y prudente [σοφή] por otras determinadas condiciones y dotes de estos mismos linajes.

GLAUCÓN. – Verdad es –dijo.

SÓCRATES. – Por lo tanto, amigo mío, juzgaremos que el individuo que tenga en su propia alma estas mismas especies merecerá, con razón, los mismos calificativos que la ciudad cuando tales especies tengan las mismas condiciones que las de aquella.

435 c

Sócrates. – Y henos aquí –dije–, ¡oh, varón admirable!, que hemos dado en un ligero problema acerca del alma, el de si tiene en sí misma esas tres especies o no.

435 d: el camino corto

SÓCRATES. – Tal se nos muestra –dije–. Y has de saber, Glaucón, que, a mi parecer, con métodos tales como los que ahora venimos empleando en nuestra discusión no vamos a alcanzar nunca lo que nos proponemos, pues el camino que a ello lleva es otro más largo y complicado; aunque éste quizá no desmerezca de nuestras pláticas e investigaciones anteriores.

GLAUCÓN. – ¿Hemos, pues, de conformarnos? –dijo-. A mí me basta, a lo menos por ahora.

SÓCRATES. – Pues bien –dije –, para mí será también suficiente en un todo.

LA CIUDAD EN EL HOMBRE: EL ALMA TRIPARTITA

435 e

¿No nos será absolutamente necesario –proseguí– el reconocer que en cada uno de nosotros se dan las mismas especies y modos de ser que en la ciudad? A ésta, en efecto, no llegan de ninguna otra parte sino de nosotros mismos.

El funcionamiento del alma

436 a

Lo que ya es más difícil es saber si lo hacemos todo por medio de una sola especie o si, siendo éstas tres, hacemos cada cosa por una de ellas. ¿Entendemos con un cierto elemento, nos encolerizamos con otro distinto de los existentes en nosotros y apetecemos con un tercero los placeres de la comida y de la generación y otros parejos o bien obramos con el alma entera en cada una de estas cosas cuando nos ponemos a ello? Esto es lo difícil de determinar de manera conveniente.

436 b-c

Es claro que un mismo ser no admitirá el hacer o sufrir cosas contrarias al mismo tiempo, en la misma parte de sí mismo y con relación al mismo objeto; de modo que, si hallamos que en dichos elementos ocurre eso, vendremos a saber que no son uno solo, sino varios.

437 a

SÓCRATES. – Ninguno, pues, de semejantes dichos nos conmoverá ni nos persuadirá en lo más mínimo de que haya algo que pueda sufrir ni ser ni obrar dos cosas contrarias al mismo tiempo en la misma parte de sí mismo y en relación con el mismo objeto.

GLAUCÓN. – A mí por lo menos no –aseveró.

SÓCRATES. – No obstante –dije–, para que no tengamos que alargarnos saliendo al encuentro de semejantes objeciones y sosteniendo que no son verdaderas, dejemos sentado que eso es así y pasemos adelante reconociendo que, si en algún modo se nos muestra de modo distinto que como queda dicho, todo lo que saquemos de acuerdo con ello quedará vano.

GLAUCÓN. – Así hay que hacerlo.

437 e-438 a

GLAUCÓN. – Así es –dijo–; cada apetito no es apetito más que de aquello que le conviene por naturaleza; y cuando le apetece de tal o cual calidad, ello depende de algo que accidentalmente se le agrega.

SÓCRATES. – Que no haya, pues –añadí yo–, quien nos coja de sorpresa y nos perturbe diciendo que nadie apetece bebida, sino buena bebida, ni comida, sino buena comida. Porque todos, en efecto, apetecemos lo bueno; por tanto, si la sed es apetito de algo bueno, sea bebida u otra cosa, e igualmente los demás apetitos.

438 b

Comoquiera que sea –concluí–, todas aquellas cosas que por su índole tienen un objeto, en cuanto son de tal o cual modo se refieren, en mi opinión, a tal o cual clase de objeto; pero ellas por sí mismas, sólo a su objeto propio.

438 d-e

Reconoce, pues –dije yo–, que eso era lo que yo quería decir antes, si es que lo has entendido verdaderamente ahora: que las cosas que se predicán como propias de un objeto lo son por sí solas de este objeto solo; y de tales o cuales objetos, tales determinadas cosas. Y no quiero decir con ello que como sean los objetos, así serán también ellas, de modo que la ciencia de la salud y la enfermedad sea igualmente sana o enferma, sino que, una vez que esta ciencia no tiene por objeto el de la ciencia en sí, sino otro determinado, y que éste es la enfermedad y la salud, ocurre que ella misma queda determinada como ciencia y eso hace que no sea llamada ya ciencia a secas, sino ciencia especial de algo que se ha agregado, y se la nombra medicina.

439 b

SÓCRATES. – El alma del sediento, pues, en cuanto tiene sed no desea otra cosa que beber y a ello tiende y hacia ello se lanza.

GLAUCÓN. – Evidente.

SÓCRATES. – Por lo tanto, si algo alguna vez la retiene en su sed tendrá que haber en ella alguna cosa distinta de aquella que sienta la sed y la impulsa como a una bestia a que beba, porque, como decíamos, una misma cosa no puede hacer lo que es contrario en la misma parte de sí misma, en relación con el mismo objeto y al mismo tiempo.

439 c-d

SÓCRATES. – ¿Y hemos de reconocer que algunos que tienen sed no quieren beber?

GLAUCÓN. – De cierto – dijo-; muchos y en muchas ocasiones.

SÓCRATES. - ¿Y qué –pregunté yo– podría decirse acerca de esto? ¿Que no hay en sus almas algo que les impulsa a beber y algo que los retiene, esto último diferente y más poderoso que aquello?

GLAUCÓN. - Así me parece –dijo.

SÓCRATES. – ¿Y esto que los retiene de tales cosas no nace, cuando nace, del razonamiento, y aquellos otros impulsos que los mueven y arrastran no les vienen, por el contrario, de sus padecimientos y enfermedades?

GLAUCÓN. – Tal se muestra.

SÓCRATES. – No sin razón, pues –dije–, juzgaremos que son dos cosas diferentes la una de la otra, llamando, a aquello con que razona, lo racional del alma, y a aquello con que desea y siente hambre y sed y queda perturbada por los demás apetitos, lo irracional [ἀλόγιστόν] y concupiscible [ἐπιθυμητικόν], bien avenizado con ciertos hartazgos y placeres.

GLAUCÓN. - No; es natural –dijo- que los consideremos así.

439 e: el regreso del θυμός

SÓCRATES. – Dejemos, pues, definidas estas dos especies que se dan en el alma –seguí yo–. Y la cólera y aquello con que nos encolerizamos [τὸ

δὲ δὴ τοῦ θυμοῦ καὶ ᾧ θυμούμεθα πότερον τρίτον], ¿será una tercera especie o tendrá la misma naturaleza que alguna de esas dos?

GLAUCÓN. – Quizá –dijo- la misma que la una de ellas, la concupiscible.

Cf. II 375 a-b

Sócrates. – Además, han de ser valientes, si se quiere que luchan bien.

Glaucón. – ¿Cómo no?

Sócrates. – ¿Pero podrá, acaso, ser valiente el caballo, pero u otro animal cualquier que no sea fogoso [θυμοειδής]? ¿No has observado que la fogsidad es una fuerza irresistible e invencible, que hace intrépida e indomable ante cualquier peligro a toda alma que está dotada de ella?

439 e-440 a

SÓCRATES. – Pues yo –repliqué– oí una vez una historia a la que me atengo como prueba, y es ésta: Leoncio, hijo de Aglayón, subía del Pireo por la parte exterior del muro del norte cuando advirtió unos cadáveres que estaban echados por tierra al lado del verdugo. Comenzó entonces a sentir deseos de verlos, pero al mismo tiempo le repugnaba y se retraía; y así estuvo luchando y cubriéndose el rostro hasta que, vencido de su apetencia, abrió enteramente los ojos y, corriendo hacia los muertos, dijo: “Ahí los tenéis, malditos, saciaos del hermoso espectáculo!”

GLAUCÓN. – Yo también lo había oído –dijo.

SÓCRATES. – Pues esa historia –observé- muestra que la cólera (τὴν ὀργήν) combate a veces con los apetitos como cosa distinta de ellos.

440 a-b

¿Y no advertimos también en muchas otras ocasiones –dije–, cuando las concupiscencias tratan de hacer fuerza a alguno contra la razón, que él se insulta a sí mismo y se irrita contra aquello que le fuerza en su interior y que, como en una reyerta entre dos enemigos, la cólera (τὸν θυμὸν) se hace en el tal aliada de la razón? En cambio, no creo que puedas decir que hayas advertido jamás, ni en ti mismo ni en otro, que, cuando la razón determine que no se ha de hacer una cosa, la cólera se oponga a ello haciendo causa común con las concupiscencias.

440 c-d

SÓCRATES. – ¿Y qué ocurre –pregunté– cuando alguno cree obrar injustamente? ¿No sucede que, cuanto más generosa sea su índole, menos puede irritarse aunque sufra hambre o frío u otra cualquier cosa de este género por obra de quien en su concepto le aplica la justicia y que, como digo, su cólera [ὁ θυμός] se resiste a levantarse contra éste?

GLAUCÓN. – Verdad es –dijo.

SÓCRATES. – ¿Y qué sucede, en cambio, cuando cree que padece injusticia? ¿No hierve esa cólera en él y se enoja y se alía con lo que se le muestra como justo y, aun pasando hambre y frío y todos los rigores de esta

clase, los soporta hasta triunfar de ellos y no cesa en sus nobles resoluciones hasta que las lleva a término o parece o se aquieta, llamado atrás por su propia razón [ὕπὸ τοῦ λόγου] como un perro por el pastor?

GLAUCÓN. – Exacta es esa comparación que has puesto –dijo–; y en efecto, en nuestra ciudad pusimos a los auxiliares como perros a disposición de los gobernantes, que son los pastores de aquélla.

440 c-441 a

SÓCRATES. – Que viene a revelárenos acerca de la cólera lo contrario de lo que decíamos hace un momento; entonces pensábamos que era algo concupiscible y ahora confesamos que, bien lejos de ello, en la lucha del alma hace armas a favor de la razón.

GLAUCÓN. – Enteramente cierto. –dijo.

SÓCRATES. – ¿Y será algo distinto de esta última o un modo de ella de suerte que en el alma no resulten tres especies, sino dos sólo, la racional y la concupiscible? ¿O bien, así como en la ciudad eran tres los linajes que la mantenían, el traficante [χρηματιστικόν], el auxiliar [ἐπικουρητικόν] y el deliberante [βουλευτικόν], así habrá también un tercero como en el alma, el irascible [τὸ θυμοειδές], auxiliar por naturaleza del racional cuando no se pervierta por una mala crianza.

GLAUCÓN. – Por fuerza, –dijo– tiene que ser ése el tercero.

Cf. X 611 a-b

SÓCRATES. – Pero no podemos admitir eso –añadí–, porque la razón no lo permite, como tampoco que el alma, en su más verdadera naturaleza [τῇ ἀληθεστάτῃ φύσει], sea algo que rebose diversidad, desigualdad y diferencia en relación consigo mismo [διαφορᾶς γέμειν αὐτὸ πρὸς αὐτό].

GLAUCÓN. – ¿Qué quieres decir? –preguntó.

SÓCRATES. – No es fácil –dije– que lo eterno sea algo compuesto de muchos elementos y con una composición que no es lo más conveniente, como en lo anterior se nos ha mostrado el alma [ὡς νῦν ἡμῖν ἐφάνη ἡ ψυχὴ]

441 c

Así, pues –dije yo–, hemos llegado a puerto, aunque con trabajo, y reconocido en debida forma que en el alma de cada uno hay las mismas clases que en la ciudad y en el mismo número.

Las virtudes

441 e

Así, pues, hemos de tener presente que cada uno de nosotros sólo será justo y hará él también lo propio suyo en cuanto cada una de las cosas que en él hay haga lo que le es propio.

441 e-442 a

SÓCRATES. – ¿Y no es a lo racional a quien compete el gobierno, por razón de su prudencia [σοφῶ] y de la previsión que ejerce sobre el alma toda, así como a lo irascible el ser su súbdito y aliado?

GLAUCÓN. – Enteramente.

SÓCRATES. – ¿Y no será, como decíamos, la combinación de la música y la gimnástica la que pondrá a los dos en acuerdo, dando tensión a lo uno y nutriéndolo con buenas palabras y enseñanzas y haciendo con sus consejos que el otro remita y aplacándolo con la armonía y el ritmo?

GLAUCÓN. – Bien seguro –dijo.

SÓCRATES. - Y estos dos, así criados y verdaderamente instruidos y educados en lo suyo, se impondrán a lo concupiscible, que, ocupando la mayor parte del alma de cada cual, es por naturaleza insaciable de bienes; al cual tienen que vigilar, no sea que, repleto de lo que llamamos placeres del cuerpo, se haga grande y fuerte y, dejando de obrar lo propio suyo, trate de esclavizar y gobernar a aquello que por su clase no le corresponde y trastorne enteramente la vida de todos.

442 b-c

SÓCRATES. – ¿Y no serán también estos dos –dije yo– los que mejor velen por el alma toda y por el cuerpo contra los enemigos de fuera, el uno tomando determinaciones, el otro luchando en seguimiento del que manda y ejecutando con su valor lo determinado por él?

GLAUCÓN. – Así es.

SÓCRATES. – Y, según pienso, llamaremos a cada cual valeroso por razón de este segundo elemento, cuando, a través de dolores y placeres, lo irascible conserve el juicio de la razón sobre lo que es temible y sobre lo que no lo es.

442 c

Y le llamaremos prudente [σοφὸν] por aquella su pequeña porción que mandaba en él y daba aquellos preceptos, ya que ella misma tiene entonces en sí la ciencia [ἐπιστήμην] de lo conveniente para cada cual y para la comunidad entera con sus tres partes.

442 d

¿Y qué más? ¿No lo llamaremos temperante [σώφρονα] por el amor y armonía de éstas cuando lo que gobierna y lo que es gobernado convienen en que lo racional [τὸ λογιστικὸν] debe mandar y no se sublevan contra ello?

443 b-c: la “justicia” en la ciudad

SÓCRATES. – Cumplido está, pues, enteramente nuestro ensueño: aquel presentimiento que referíamos de que, una vez que empezáramos a fundar nuestra ciudad, podríamos, con la ayuda de algún dios, encontrar un cierto principio e imagen de justicia [τύπον τινὰ τῆς δικαιοσύνης].

GLAUCÓN. – Bien de cierto.

SÓCRATES. – Teníamos, efectivamente, Glaucón, una cierta semblanza de justicia [εἰδωλόν τι τῆς δικαιοσύνης], que, por ello, nos ha sido de provecho: aquello de que quien por naturaleza es zapatero debe hacer zapatos y no otra cosa, y el que constructor construcciones, y así los demás.

443 c-444 a: la “justicia” en el hombre

Y en realidad la justicia parecer ser algo así, pero no en lo que se refiere a la acción exterior del hombre, sino a la interior sobre sí mismo y las cosas que en él hay; cuando éste no deja que ninguna de ellas haga lo que es propio de las demás ni se interfiera en las actividades de los otros linajes que en el alma existen, sino disponiendo rectamente sus asuntos domésticos, se rige y ordena y se hace amigo de sí mismo y pone de acuerdo sus tres elementos exactamente como los tres términos de una armonía, el de la cuerda grave, el de la alta, el de la media y cualquier otro que pueda haber entremedio; y después de enlazar todo esto y conseguir de esta variedad su propia unidad, entonces es cuando, bien templado y acordado [σώφρονα καὶ ἡρμωσμένον], se pone a actuar así dispuesto ya en la adquisición de riquezas, ya en el cuidado de su cuerpo, ya en la política, ya en lo que toca a sus contratos privados, y en todo esto juzga y denomina justa [δικαίαν] y buena [καλήν] a la acción que conserve y corrobore ese estado y prudencia al conocimiento [σοφίαν δὲ τὴν ἐπιστατοῦσαν] que la presida y acción injusta, en cambio, a la que destruya esa disposición de cosas e ignorancia a la opinión [δόξαν] que la rija.

El εἶδος de la injusticia

444 a

Bien –dije–, después de esto creo que hemos de examinar la injusticia.

444 b

¿No será necesariamente una sedición de aquellos tres elementos, su empleo en actividades diversas y ajenas y la sublevación de una parte contra el alma toda para gobernar en ella sin pertenecerle el mando, antes bien, siendo esas partes tales por su naturaleza que a la una le convenga estar sometida y a la otra no, por ser especie de regidora? Algo así diríamos, creo yo, y añadiríamos que la perturbación y extravío de estas especies es injusticia y vileza e ignorancia, y, en suma, total perversidad.

444 d

¿Y el producir justicia –dije– no es disponer los elementos del alma para que dominen o sean dominados entre sí conforme a naturaleza; y el producir injusticia, el hacer que se manden u obedezcan unos a otros contra naturaleza?

444 e

SÓCRATES. – Así, pues, según se ve, la virtud será una cierta salud [ὕγιειά], belleza [κάλλος] y bienestar del alma [εὐεξία]; y el vicio [κακία], enfermedad [νόσος], fealdad [αἰσχος] y flaqueza [ἀσθένεια] de la misma.

GLAUCÓN. – Así es.

SÓCRATES. – ¿Y no es cierto que las buenas prácticas [καλὰ ἐπιτηδεύματα] llevan a la consecución de la virtud y las vergonzosas [τὰ δ' αἰσχρὰ] a la del vicio?

445 a: la (no) objeción de Glaucón

SÓCRATES. – Ahora nos queda, según parece, investigar si conviene obrar justamente, portarse bien y ser justo pase o no inadvertido el tal que o haga, o cometer injusticia y ser injusto con tal de no pagar la pena y verse reducido a mejorar por castigo.

GLAUCÓN. – Pues a mí, ¡oh, Sócrates! –dijo–, me parece ridícula esa investigación si resulta que, creyendo, como creemos, que no se puede vivir una vez trastornada y destruida la naturaleza del cuerpo, aunque se tengan todos los alimentos y bebidas y toda clase de riquezas y poder, se va a poder vivir cuando se trastorna y pervierte la naturaleza de aquello por lo que vivimos, haciendo el hombre cuanto le venga en gana excepto lo que le puede llevar a escapar del vicio y a conseguir la justicia y la virtud. Esto suponiendo que una y otra se revelen tales como nosotros hemos referido.

445 c

SÓCRATES. – Pues bien –dije–, ya que hemos subido [ἀναβεβήκαμεν] a estas alturas de la discusión, se me muestra como desde una atalaya que hay una sola especie de virtud [εἶδος τῆς ἀρετῆς] e innumerables de vicio; bien que de estas últimas son cuatro las más dignas de mencionarse.

GLAUCÓN. – ¿Cómo lo entiendes? –preguntó.

SÓCRATES. – Cuantos son los modos de gobierno con forma propia –dije–, tantos parece que son los modos del alma.

445 d-e

SÓCRATES. – Afirmando –dije– que una manera de gobierno es aquella de que nosotros hemos discurrido, la cual puede recibir dos denominaciones; cuando un hombre solo se distingue entre los gobernantes, se llamará reino, y cuando son muchos, aristocracia.

GLAUCÓN. – Verdad es –dijo.

SÓCRATES. – A esto lo declaro como una sola especie –observé–; porque, ya sean muchos, ya uno solo, nadie tocará a las leyes importantes de la ciudad si se atiende a la crianza y educación que hemos referido.

La República de Platón

Curso 2023-24 Los diálogos de la torre del Virrey

MIÉRCOLES 4 DE OCTUBRE 17 H CEST
República I | Álvaro López
<https://us06web.zoom.us/j/5549038216>
Sala de Reuniones de la Facultad de Filosofía UV

MIÉRCOLES 8 DE NOVIEMBRE 17 H CEST
República II y III | María Golfe Folgado
<https://us06web.zoom.us/j/5549038216>
Sala de Reuniones de la Facultad de Filosofía UV

MIÉRCOLES 13 DE DICIEMBRE 17 H CEST
República IV | Eric Jiayu Martos García
<https://us06web.zoom.us/j/5549038216>
Sala de Reuniones de la Facultad de Filosofía UV

MIÉRCOLES 7 DE FEBRERO 17 H CEST
República V | Unai Cava
<https://us06web.zoom.us/j/5549038216>
Presencial: pendiente de confirmación

MIÉRCOLES 28 DE FEBRERO 17 H CEST
Las Cartas de Platón | Prof. Ricardo Bonet
<https://us06web.zoom.us/j/5549038216>
Presencial: pendiente de confirmación

MIÉRCOLES 20 DE MARZO 17 H CEST
República VI | Prof. Rubén Villacañas
<https://us06web.zoom.us/j/5549038216>
Presencial: pendiente de confirmación

MIÉRCOLES 10 DE ABRIL 17 H CEST
República VII | Prof^a. Carmen Rabadán Puchades
<https://us06web.zoom.us/j/5549038216>
Presencial: pendiente de confirmación

MIÉRCOLES 8 DE MAYO 17 H CEST
República VIII y IX | Prof^a. Dr^a. Esmeralda Balaguer García
<https://us06web.zoom.us/j/5549038216>
Presencial: pendiente de confirmación

MIÉRCOLES 29 DE MAYO 17 H CEST
República X | Prof. Dr. Natanael Pacheco
<https://us06web.zoom.us/j/5549038216>

